



VERSOS A OJO

En el número 1.271 de la revista *Blanco y Negro*, correspondiente al día 26 de setiembre de 1915—pues qué, ¿se creía acaso el lector que carecemos de erudición?—insertábase una poesía del Sr. Villacpesa (F) titulada «Las ciudades de España, Almería», y de la cual son estos cuatro versos:

Para pagar las flores
con que aifombas mis pasos y enalteces mi orgullo,
¿qué puedo yo brindarte, ciudad de mis amores,
si todo cuanto tengo y cuanto valgo es tuyo?

Conviene saber que la composición toda está en consonantes y no como algunas de otros autores clásicos, en que se mezclaban asonantes con los consonantes. Lo que quiere decir que para el Sr. Villacpesa *orgullo* y *tuyo* son consonantes. Y no sólo para él, sino para una gran parte del pueblo español.

No creemos, a decir verdad, que eso sea un pecado del Sr. Villacpesa, ni mucho menos. En el pueblo natal del poeta, que creemos recordar que es Laujar de Andarax, en la provincia de Almería, como en esta provincia toda y en toda Andalucía y en mucha parte del resto de España y de la América de lengua española, no se distingue ya entre la *ll* y la *y*, entre *pollo* y *poyo*, *halla* y *haya*, etc.; y como el poeta laujareño hizo sus versos a oído, que es como se debe hacerlos, los hizo bien.

Precisamente ayer mismo leímos una hermosa composición de la excelentísima poetisa chilena Gabriela Mistral, en que se hace rimar *sollozos* con *amorasos*, y también esos versos están bien hechos a oídos, ya que en la tierra de la Mistral no se distingue entre la *z* y la *s*. Como en el mismo orden está bien que uno use en verso de la forma *verdá*, no *verdad*, cuando le convenga, o dé *amastes* por *amaste* para evitarse un hiato.

En el siglo XV no era correcto rimar en castellano—y así nos lo advierte la *Gaya Ciencia*, de Segovia—*ave* con *sabe*, *ni haze* con *nace*, *ni mesa* con *essa*, *ni diro* con *fijo*, pero era porque distinguían en la pronunciación la *v* (nunca a la francesa o valenciana) de la *b*, la *z* de la *ç*, la *x* de la *j*; pero hoy no puede regir eso, ya que las hemos confundido. Y la *x* y *j* en un sonido nuevo.

Pero he aquí que en el número de *La Esfera* del día 20 de marzo de este año nos encontramos con otra composición del mismo fecundo y fecundo poeta titulada «La balada de la abadesa de los ojos verdes», que empieza así:

Era una abadesa de los ojos verdes...
Romero que marchas a Santiago: si
por esas veredas, de noche, te pierdes,
que el Apóstol tenga compasión de tí.

Y esto sí que no puede pasar. Porque si en Laujar de Andarax, como en gran parte de España—acaso en su mayor parte—no se distingue la *ll* de *orgullo* de la *y* de *tuyo*, ni en Laujar de Andarax ni en Andalucía toda—y menos acaso que en otras regiones en ésta, ya que en ella la elocución tiende a ser más átona—puede rimar el *si* condicional con *tí*. Y no puede porque ese *si*, átono proclítico—es decir, que apoya en la palabra siguiente—carece de acento. Si los versos se presentaran en forma de prosa y uno los leyera bien, se observaría el disparate. Y gordo. Lo que quiere decir que estos últimos versos no están hechos, como aquellos otros del *orgullo* y el *tuyo*, a oído, sino a ojo.

Como a ojo están hechos versos de Rubén Darío, de Manuel Machado y de otros excelentes versificadores—estos dos, además, grandes poetas—que se han empeñado en hacer tónicas palabras—conjunciones y preposiciones y algún pronombre—

que son, incluso en sus bocas, átonas. Rimar el pronombre indefinido *una* con *luna* suele ser un disparate; o la preposición *con* y *corazón*, v. gr.

Y a tal punto ha llegado ese prurito, que sabemos, en cambio, de un señor que le criticó a un amigo nuestro este verso: «y que nos fué tan fiel», diciendo que seis monosílabos no hacen un verso. Suponía que seis monosílabos suponen seis acentos. Y no es así. Porque en ese verso sólo hay dos acentos.

En la inefable Gramática de la Real Academia Española de la Lengua se decía que en castellano todos los monosílabos son agudos, y definiéndose palabra aguda la que tiene el acento en la última sílaba, algún escolástico podría preguntar si donde hay una sola es ésta la primera o la última; pero aparte de esta sutileza, por ridícula, propia de un gramático, hay que hacer notar que la afirmación académica es falsa. Y la misma Academia, que ha hecho quitar el acento que se pintaba a ciertas partículas—como *a*, *e*, *o*—lo ha reconocido.

¡Versificar a ojo, no!

Miguel de UNAMUNO

